



sibilidad de que cualquiera de nosotros se convirtiera en un pequeño héroe; teníamos la juventud necesaria y el desafío. Pero fuimos conscientes de que no podíamos caer en esa trampa, de que no podíamos convertirnos ni en mártires ni en símbolos. He tenido el mismo cuidado al escribir el libro. En primer lugar, ha transcurrido mucho tiempo; mi intención, por lo demás, no ha sido enjuiciar a los buenos y a los malos —a lo Semprún—, sino testimoniar una época, un período, también una evolución. No hay que olvidar que el subtítulo es *Una educación sentimental*.

—¿Qué opinión te merecen los libros que otros norteamericanos han escrito sobre España?

—Creo que pocos se apartan de esa visión mítica, la España de los toreros (no me gusta mu-

cho ese espectáculo), de los cojones, de la fiesta popular; aprecio a Lilian Hellman, sí; pero no precisamente por sus apuntes sobre España. Tampoco en los que se sirvieron del otro mito, del mito del obrero bueno. El libro que más me gusta es muy poco conocido; yo lo encontré en una pequeña biblioteca de California; lo escribió Jenny Ballou y se centra sobre la España del veintinueve; es una suerte de visión de los problemas de la República, de sus debilidades y virtudes. Pero ha sido muy difícil luchar contra esa imagen superficial y pintoresca de España. Incluso yo tuve dificultades en el periodismo, porque cuando los directores de alguna revista o de algún diario me pedían un artículo, siempre pretendían que yo diera una imagen típica; querían el cliché con-

vencional, con sol, sangre y el clave).

—*La Noche, en cambio, se refiere a la España del posfranquismo. Tú, como observadora, ¿qué describes de este período?*

—A partir de la muerte de Franco creo que se ha establecido una situación bastante ambigua. Es natural que existieran muchas expectativas, muchas ansiedades, muchos anhelos insatisfechos que la muerte de Franco exaltó. Pero luego de ese período, de esa confianza mágica o de ese alivio que significaba (aunque sea a nivel psicológico) su desaparición física, se ha entrado en lo que podíamos llamar la normalidad. Y la normalidad es aburrida. Por eso resulta lógico ese desencanto, esa especie de desilusión que tantos han señalado. Yo pienso que el problema

más importante consiste en saber cómo asimilar el pasado, qué hacer con esos cuarenta años. Hay un riesgo que consiste en no poder abandonarlo, no poder salir de él. Tampoco es posible negarlo, ignorarlo. Pienso que a veces los españoles son un poco duros consigo mismos, que les cuesta encontrar el equilibrio, porque la carga del franquismo es pesada y no hay que esperar milagros. Como observadora, he notado que existe una mala comprensión, o insuficiente, entre los exiliados que regresan y los españoles que han permanecido en el país durante este período. Eso forma parte indudable del problema anterior. Una sociedad que no sabe qué hacer con sus exiliados es que no ha resuelto su pasado.

—*En realidad, yo te diría que falta una propuesta social y política en cuanto a la integración de los exiliados que regresan, tanto por parte del Gobierno como por los partidos políticos.*

—Siento que los exiliados molestan. Se los quiere ignorar, se los margina como si representaran alguna clase de culpa. En este sentido, recuerdo que Max Schur, un psicoanalista que fue médico de Freud, señalaba que los procesos de Nuremberg habían sido fundamentales no tanto para responsabilizar a los culpables, sino para reivindicar a las víctimas. Los que han sufrido persecución, los que han sido humillados, los exiliados, necesitan esa reivindicación como forma de identidad, de lo contrario, se producen graves trastornos de personalidad por la particular sensación de que se ha luchado en vano, de que ya no se pertenece a ningún país. Todos los especialistas que han estudiado los problemas de los exiliados coinciden en que muchas de sus enfermedades provienen de la falta de integración que sienten al regresar. Yo que he pertenecido a comités de solidaridad con los exiliados españoles, observé una cosa muy significativa: dos años después de la muerte de Franco, los aportes económicos, las ayudas provenían de ciudadanos de otros países, y sólo cuando les advertí acerca de esto a amigos o conocidos españoles se obtuvo su solidaridad.

## LARRA/UMBRAL, O VICEVERSA

**F**RANCISCO Umbral, que se inició en la literatura con un libro sobre Larra, publica ahora una "Antología fugaz" del escritor (1).

¿Qué o quién es Larra para su antiguo biógrafo? Antes que cualquier otra cosa, un pretexto para la autobiografía. Alguien (muchos, todos) dijo (dijeron) que la biografía no es más que autobiografía. Ahí Flaubert con su "Madame Bovary soy yo". Y hasta Dios, que, según fuentes bien informadas, responde a Moisés en el Sinaí: "Yo soy el que soy". Un escritor siempre es el que es; es decir, el que existe por sí mismo, el que cuenta su propia vida. Por eso resulta errónea la expresión "Umbral es el Larra de hoy". Y no lo es. Nadie lo es. Umbral es Umbral. Y nunca podrá ser otra cosa, porque ha encontrado su voz.

Pero no por todo esto su Larra es mentira. Visto así, a través del biógrafo o antólogo (¡qué palabra tan horrible!), resulta más verdad, menos muerto e incluso vivo. Porque al pobre Larra no le han dejado de matar desde que él mismo decidiera quitarse de en medio una tarde de febrero de 1837. Pongamos por caso: Zorrilla. Si Larra llega a resucitar en su entierro, se muere del susto con los endecasílabos del pre-Tenorio. Y no digamos nada de tanto larrólogo, que lo ha tratado como si fuera un otorrinolaringólogo.

Este Larra de Umbral está más lleno de adivinaciones y transferencias/transparencias que de erudiciones (demasiadas le cayeron). Y más que

un espejo a lo largo del camino de Larra (un corto camino que no llegó a treinta años), es una mirada en el espejo del otro para intentar ver lo que hay detrás de la cara de uno.

Larra fue algo padre del 98 y algo abuelo de todo periodista. El fue también hijo de muchos padres. Porque el escritor es siempre un hijo de puta (aunque su madre sea una santa y madre no hay más que una y etcétera). Sus padres, no siempre conocidos, son muchos y diversos, y a todos se los ha comido, los ha digerido, para empezar luego a comerse a sí mismo. El Larra de Umbral está en Villarroel, en Voltaire, en Quevedo. Voltaire le da "la paradoja, el cientifismo (casi siempre ingenuo), el anticlericalismo, el liberalismo, el suave satanismo". Quevedo, el estilo. Torres Villarroel, el modelo, porque "es el primer escritor que habla de sí mismo en prosa continua y descaradamente". Es decir, Torres es ya un ejemplo de autofagia, de autocanibalismo.

Larra, "el primer espíritu moderno de nuestra cultura", se miró en el espejo de los demás y al no poder resolver sus múltiples desdoblamientos acabó por mirarse en el suyo y se pegó un tiro. Umbral, no. Umbral está ya detrás del espejo. Más allá de la frontera del desencanto. ■ V. M. R.

(1) "Mariano José de Larra. Antología fugaz". Prólogo y selección de Francisco Umbral. Alianza Editorial. "El libro de bolsillo", número 737. 224 páginas. Cubierta de Daniel Gü.